EL GIGANTE AMAPOLAS Y SUS FORMIDABLES ENEMIGOS O SEA FASTOS DRAMÁTICOS DE UNA GUERRA MEMORABLE

Juan Bautista Alberdi



http://www.librodot.com

Peti-pieza cómica en un acto

Dedicada respetuosamente a SS.EE. los SS. presidentes y generales

Rivera, Bulnes y Ballivián

para que conozcan el escollo y se abstengan de caer en él.

EPIGRAFES POR PREFACIO

-Que me ahorquen si digo que no esté lleno de verdad en el fondo.

-Cansado de hacer concesiones estériles a los hombres públicos, hoy quiero hacerlas a la verdad, que también es princesa del mundo y gusta de homenajes.

-Para reanimar la fe, para alentar a los que desmayan, para abrir esperanzas de victoria y libertad.

-A ver si enseñando a conocer la verdad de las cosas sucedidas, se aprende a despreciar el poder quimérico de la opresión.

EL GIGANTE AMAPOLAS

El teatro representa un espacio abierto. A la izquierda un gigante de tres varas, con un puñal de hoja de lata, de dimensión enorme, bañado en sangre. Un soldado hace la centinela. Se oye caja que toca alarma.

CENTINELA: ¡Qué largas son las noches! ¡Y qué frías! Digo que es endiablada profesión la del soldado: así pasa uno los más bellos años de su vida, y la recompensa con que por fin de sus días le premia la Patria, es muchas veces, un suplicio ignominioso... Si no me engaño, creo que oigo sonar caja... [Fija el oído.] ¡Si será el enemigo! Ayer ha corrido que

los nuestros habían sido derrotados: ¡pero se miente tanto! [Pone atención nuevamente.] O será toque de diana: aunque no... No puede ser. Es temprano todavía: se ve a la luz de la luna, en el reloj de la casa capitular, que son las cuatro recién. [Se fija otra vez.] ¡Es toque de alarma! [Se pasea.] ¡Vaya!... ¡Fiesta tenemos! Hoy se revuelve el cotarro: sin la menor duda, los nuestros han sido derrotados. ¡Ya se ve!... Lo raro es que todavía estemos con las costillas sanas; somos cuatro gatos, estamos maniatados, tenemos a la cabeza un héroe de paja, ¿qué extraño sería que nos amarrasen a todos?... Con todo, yo todavía espero que hemos de vencer: ¡son tan locos nuestros enemigos! ¿Acaso necesitan de que nadie los derrote? Ellos no más son los autores de sus disparadas. Puede uno ser un gigante de paja, y con solo estarse quieto, vencerlos a cada instante, como v. g.... [Haciendo una guiñada al gigante, se aproxima a la caja.] Aquí tenemos al tambor de órdenes; él nos dirá lo que hay... [Sale el tambor, atados los pies y la mano izquierda tocando con la derecha, y andando a saltos.] ¿Quién vive?

TAMBOR: ¡La patria!

CENTINELA: ¿Qué gente?

TAMBOR: ¡Tambor de órdenes!

CENTINELA: Adelante el tambor de órdenes.

[Una mujer aparece detrás del tambor, despavorida, gritando.]

MARIA: ¡Francisquillo! ¡Francisquillo!

TAMBOR: ¿Qué hay, mujer? ¿Qué haces por acá a estas horas?

MARIA: ¿Tú no sabes lo que hay?

TAMBOR: Pues no lo he de saber, cuando yo soy el que lo ando diciendo a todo el mundo con esta caja.

MARIA: [Sollozando.] Francisquillo... tus hijitos... tu mujer...

TAMBOR: ¿Qué es eso, mujer? ¿Estás loca?

MARIA: No, Francisquillo... [Le agarra los palillos de la caja.]

TAMBOR: Pero deja... déjame tocar, y habla.

MARIA: ¡No; cállate un momento, oye!

TAMBOR: Vamos a ver.

MARIA: Francisquillo, yo no quiero que tú mueras.

TAMBOR: ¡Esta es buena! ¿Dudas tú de que esos sean mis deseos? ¿Quién te ha dicho que yo pienso morir?

MARIA: Sí, tú vas a morir, si no dejas de ser tambor, ahora mismo.

TAMBOR: [Se echa a reír, y sigue tocando.] ¿Estás loca, mujer...?

MARIA: No, yo no quiero que tú mueras...

TAMBOR: Yo tampoco quiero morir.

MARIA: Pues morirás, porque la pelea va a ser horrorosa... Yo he visto el número de los enemigos... Son muchos más que el pasto de los campos... Los van a devorar a ustedes; [sollozando] y tú vas a morir miserablemente, y yo de cuarenta años recién, voy a quedar viuda... y tus hijitos, ¡pobrecillos!... van a quedar huérfanos... ¡Idolos de mi alma! En el momento en que estaban tan adelantados en la caja!... ¿Quién les enseñará a tocar en adelente?

TAMBOR: ¿Dices que has visto el número de los enemigos?

MARIA: Sí, con estos ojos.

TAMBOR: ¿Dónde y cómo?

MARIA: En la quinta de mi tía, ayer a la tarde, los he visto formados, soy capaz de decirte hasta quién los manda, y cómo se compone el ejército.

TAMBOR: Ya, mujer de un soldado, debes saber todo eso. Vamos a ver: dime quiénes son los jefes y cómo se compone el ejército.

MARIA: Mira, los jefes son tres: el capitán Mosquito , el teniente Guitarra , y el mayor Mentirola .

TAMBOR: ¡Cáspita! ¿Esos son los jefes? ¿Estás cierta?

MARIA: Por esta cruz... ¡y vieses qué terrible aspecto el del capitán Mosquito!... ¡y la cara de Mentirola!...

TAMBOR: ¡Y dónde dejas al teniente Guitarra!...

MARIA: ¡Es verdad! ¡El teniente Guitarra!... ¡Dios mío!

TAMBOR: ¿Y las divisiones?

MARIA: Las divisiones, son tres; cada jefe manda una división.

TAMBOR: Y el general, ¿quién es?

MARIA: No hay general.

TAMBOR: Mujer... ¿Cómo puede ser eso?

MARIA: No hay general, porque ninguno quiere ser subalterno, y han convenido en que todos deben ser iguales.

TAMBOR: ¿De modo que todo el ejército se compone de la división Mosquito , de la división Guitarra , y de la división Mentirola ?

MARIA: ¿Y te parece poco, Francisquillo?

TAMBOR: ¿Y qué señales los distinguen?

MARIA: Mira, cuando veas una división vestida de amarillo, di que has visto a la división Mosquito ; la división Guitarra , viene de verde, y la división Mentirola , de turquí.

TAMBOR: ¿Y tienen cañones?

MARIA: Tres, por falta de uno.

TAMBOR: ¿En qué división viene la artillería?

MARIA: En todas. Cada división trae su artillería correspondiente.

TAMBOR: ¿Qué bandera traen?

MARIA: También traen tres.

TAMBOR: Cada división una bandera, ¿no es esto?

MARIA: Eso es: y traen tres escarapelas, y tres divisas, y tres causas se puede decir. De modo que en lugar de ser un solo ejército como son ustedes, se puede decir que son tres ejércitos enteros y verdaderos... tan independientes unos de otros, que muchas veces se han dado hasta de balazos entre sí.

TAMBOR: ¡Bravo!

[Suenan tiros y cornetas en la dirección del campo enemigo.]

MARIA: ¿Lo ves? ¡Ya están encima! [Sollozando.] Trae esos palos. [Le arrebata los palillos.] Yo no quiero que tú mueras; tira esa caja al diablo, y mándate mudar a tu casa a cuidar a tus hijos... [Se retira.]

TAMBOR: ¡Mujer del diablo! ¡Trae esos palillos!

MARIA: No quiero; tira la caja y vente a casa.

TAMBOR: ¡Mira que el enemigo está encima y nos toma de sorpresa!

MARIA: No quiero; yo no me he de quedar sin marido.

TAMBOR: ¡Mujer descabellada! ¿Sabes lo que haces?

MARIA: Sí, sé lo que hago.

TAMBOR: Tú pierdes al país llevándote esos palos!

MARIA: ¡Que se pierda!

TAMBOR: Los destinos de la patria dependen de esos palos.

MARIA: No importa; tira la caja, y vente a tu casa... [Vase.]

TAMBOR: ¡Lucidos estamos ahora! Si digo que todas las mujeres son destornilladas...

[Nuevos tiros. Entra el oficial de guardia; los pies atados, andando a saltos, y los brazos atados por los codos.]

OFICIAL: ¡Centinela! ¡Cabo de guardia! ¡Sargento! ¡A las armas!

CENTINELA: ¡Los de guardia! ¡A las armas!

OFICIAL: ¡Tambor, toque usted alarma!

TAMBOR: Capitán, estoy sin palillos.

OFICIAL: ¡Voto a Dios! ¿Y los palillos?

TAMBOR: Capitán, una bala de cañón me los acaba de quitar de las manos.

OFICIAL: ¡Hombre! Si no han tirado cañonazos hasta ahora.

TAMBOR: Eso le parece a usted: es que traen cañones de aire; por más señas la bala era de a veinticuatro.

OFICIAL: ¡Cáspita! De a veinticuatro, ¿eh?

TAMBOR: ¡Digo!

[Los soldados aparecen saltando; los pies atados, y los brazos atados por los codos; se forma la guardia.]

OFICIAL: Soldados, voy a proclamaros.

SOLDADO: Que nos desaten primero los pies y brazos.

OFICIAL: Para oír proclamas no se necesita de brazos ni pies.

SOLDADO: Es que los necesitamos para pelear.

OFICIAL: Tampoco se necesita pelear...

SOLDADOS: ¡Cómo!...

OFICIAL: Los enemigos no tienen necesidad de que ustedes los derroten; ellos mismos se toman ese trabajo; y ustedes nada tienen que hacer, para vencer, sino dejarse estar sin

acción; con que así, todo el mundo quieto, y atención: "Hijos de la libertad, hombres que jamás habéis conocido cadenas ni ataduras..."

SOLDADO: Capitán, creo que usted se equivoca, porque todos estamos... no diré atados... pero...

OFICIAL: -¡Fuera el insolente! ¡Atrevido! ¡Calumniador! ¡Fuera de la línea! ¡Por traidor infame a la patria! ¡Por enemigo de las libertades públicas! [Vase el soldado saltando. Gran pausa de silencio.] "¡Hijos de la libertad! Hombres que no habéis conocido cadenas..." [Hace una pausa y mira a la cara a los soldados.] ... ¿Qué tal, soldados? ¿Me equivoco o hablo la verdad?

SOLDADO: La verdad, capitán. Siga, siga...

OFICIAL: Los enemigos de vuestras libertades están al frente; dentro de una hora habrán cruzado sus armas serviles con vuestras bayonetas altaneras: envidiosos de vuestra libertad y gloria, vienen a cargaros de cadenas. Enseñadles a conocer lo que valen los libres; pereced en el campo, antes que fiar vuestros brazos gloriosos a la opresión de sus bárbaras cadenas. El Gigante os guiará a la victoria... Imitad sus fatigas; haced lo que él hace y saldréis vencedores. Permaneced inmóviles como él, y triunfaréis sin duda por el generoso comedimiento de nuestros adversarios, que nunca dan que hacer a sus enemigos. ¡Soldados! ¡Viva el glorioso Gigante!

SOLDADOS: ¡Viva!

OFICIAL: ¡Viva la libertad!

SOLDADOS: ¡Viva!

[Se oyen los toques de marcha del enemigo, que aparece.]

OFICIAL: Ahí los tenéis, soldados. Os recomiendo de nuevo la inmovilidad más completa, aprended del Gigante, que asusta a todo el mundo por el hecho solo de no hacer nada; nuestras armas son nuestras ataduras. Si queréis ser vencedores no deis un paso; los enemigos dicen que estáis muertos. ¡Pues bien! Estaos como cadáveres y vuestro aspecto los hará temblar: correrán como niños...

[Aparecen las divisiones enemigas en tres grupos: los tres jefes se reúnen aparte.]

MOSQUITO: Señores: la batalla va a comenzar, y es necesario elegir un jefe para que la presida.

GUITARRA y MENTIROLA: ¡Nada más natural!

MOSQUITO: ¡Pues bien! ¡Vamos a elegir!

GUITARRA y MENTIROLA: Bien; vamos a elegir.

[Cada uno da un paso aparte, a un mismo tiempo.]

MOSQUITO: La elección me lo llevo yo, sin duda, como más antiguo, y más guerrero.

GUITARRA: ¿Quién puede ser electo sino yo?

MENTIROLA: Ninguno de estos es capaz de mandar una compañía; si no me eligen a mí se pierde la batalla, y se pierde el país. [Se reúnen.]

MOSQUITO: Vaya pues, procedan ustedes a elegir. Empiece usted, teniente Guitarra.

GUITARRA: No, no, empiece usted.

MOSQUITO: Vaya, que dé principio el mayor Mentirola.

MENTIROLA: Bien, yo daré principio. Nombro para general en jefe, durante la acción...

MOSQUITO: [Interrumpiéndolo.] Ya sabe usted, permita que lo interrumpa, ya sabe usted, mayor Mentirola, como hombre versado en el arte militar, que el general en jefe debe tener un aspecto imponente Tirándose de los bigotes y afeando el rostro.] , una estatura pequeñita, para que se parezca a Napoleón... un nombre retumbante, y temible, verbigracia, como el de algún insecto punzante... En fin, ¿qué tengo que decir a usted?... siga usted... siga usted...

MENTIROLA: Pues señor, nombro por mi parte para general en jefe, al teniente Guitarra.

MOSQUITO: [Aparte.] Vamos, esto es animosidad... ¡Mire usted! ... ¡El teniente Guitarra primero que a mí!... Ya comprendo... comprendo la pulla... pero yo me vengaré... Sí, sí... yo me vengaré... Veremos qué hacen sin mi apoyo...

GUITARRA: Y yo por la mía al mayor Mentirola.

MOSQUITO: [Aparte.] ¡Qué han de hacer los compadres, sino darse mutuamente la palma! [En alta voz.] Pues señor, yo por la mía no nombro a nadie... [En tono irritadísimo.] no quiero batallas, ni victorias, ni nada, y me mando a mudar a mi casa. [Se pone al frente de la columna.] ¡División! ¡Vueltas caras, paso redoblado, marchen!... [Empieza a marchar.]

GUITARRA y MENTIROLA: Pero, capitán Mosquito, ¿qué es lo que usted hace?

MOSQUITO: Nada, no quiero nada. Me voy; no quiero intrigas ni parcialidades. [Vase con su división a son de trompeta.]

GUITARRA: Vaya, pues ¿qué remedio hay sobre el particular?... Quiere decir que ahora quedamos los dos de generales en jefe; porque usted me ha elegido a mí y yo a usted.

MENTIROLA: Pero eso no puede ser: porque se cruzarán nuestras órdenes y nos serviremos de mutuo estorbo.

GUITARRA: ¿Qué hacemos entonces?

MENTIROLA: Bien, hagamos esto: durará la batalla un par de horas, ¿no es verdad?

GUITARRA: Así me parece.

MENTIROLA: ¡Pues bien! Mande usted en jefe la primera hora, y yo la segunda; entre los dos firmaremos el boletín de la victoria y partiremos los laureles como buenos hermanos.

GUITARRA: ¡Corriente! ¡Muy bien! ¡Me gusta! Pues señor, manos a la obra.

MENTIROLA: [Sacan las espadas.] Teniente Guitarra: en uso de mis facultades de general en jefe, le nombro a usted ayudante de órdenes, durante la hora de mi mando... y desde luego participe usted mis órdenes a la división Guitarra, para que se coloque a vanguardia.

GUITARRA: ¿A retaguardia, dijo Vuestra Excelencia?

MENTIROLA: No, a vanguardia.

GUITARRA: ¿Pero qué necesidad hay de que marchen una tras otra? ¿Por qué no las dos de frente?

MENTIROLA: Haga usted lo que le mando, o lo separo del ejército.

GUITARRA: ¿A mí?

MENTIROLA: A usted.

GUITARRA: ¡A mí! ¡Al jefe de la división Guitarra!

MENTIROLA: ¡A usted, a usted, aunque sea el jefe de la división serpentón o clarinete!

GUITARRA: [Aparte.] Sí, comprendo bien que sus intenciones son las de separarme del ejército, y bastante me lo prueba el hecho de mandar que mi división se coloque adelante para que se la devore el cañón: ¡y de este modo el teniente Guitarra venga a quedarse sin gente, sin papel en el mundo político!... Pero se engaña, porque yo no estoy para ser el juguete de ningún intrigante, y yo soy muy capaz de mandarme mudar... [Con indignación

repentina.] ¡como me voy desde ahora, qué caramba! Venga lo que venga: no quiero batallas, ni glorias, ni nada... ¡me voy!...

[Se pone al frente de su división: ordena la retirada y al son de la marcha que bate el enemigo como por burla y escarnio, se retira.]

MENTIROLA: [Dirigiéndose a sus soldados.] ¡Tanto mejor para vosotros, soldados! Felicitaos de esta traición inaudita: nuestra y puramente nuestra será la gloria de vencer al canalla Gigante. La división Mentirola será la única que recoja los laureles del triunfo más espléndido que hayan visto los siglos. Vamos pues a pelear con doble audacia y doble gloria. Pero antes quiero proclamaros: Soldados: Desde lo alto de estos tejados, treinta meses os están contemplando; el último de ellos se ha helado de miedo al veros las caras: y el sol de mañana no saldrá por no morir de envidia al ver el brillo de vuestras armas. Los siglos pasarán unos tras otros, como hormigas, y los guerreros de la posteridad dirán: ¡Ah! ¡Quién hubiese pertenecido a la división Mentirola, en la jornada memorable contra el Gigante Amapolas! ¡Ea! Formarse en hileras de fondo, para que si el Gigante nos hace un corte seis con su sable, no caiga más cabeza que la del que va adelante.

[Se forman, pero nadie quiere quedar el primero de adelante.]

MENTIROLA: ¿Qué es eso, señores, qué desorden es ése?

SOLDADO: Señor, es que nadie quiere que le corten la cabeza.

MENTIROLA: Ya se ve que tienen razón; yo hallo razón a todo el que no quiere morir, y por eso soy enemigo de exponer a los soldados a riesgo de que los maten. Pero eso se remedia fácilmente. Que el soldado que esté a la cabeza, tome una caña bien larga, y colocándose a una distancia conveniente, y tocando suavemente al Gigante con el extremo de ella, examine qué demostraciones hace de vida. A ver si de este modo podemos descubrir su plan de defensa. [El soldado toma una caña.] Para esto yo me colocaré a retaguardia, bien lejos, como general que soy, y con mi anteojo de larga vista observaré los movimientos del enemigo. [Buscando un punto donde colocarse.] ¡Ah! ¡Si hubiera aquí por accidente alguna carreta!

[Se coloca a lo lejos y tiende el anteojo. El soldado comienza el examen. Toca ligeramente al Gigante.]

MENTIROLA: ¿Qué tal? ¿Qué movimientos hace?

SOLDADO: Ninguno, señor, inmóvil como si fuese de palo.

MENTIROLA: ¡Malo, malísimo!

SOLDADO: ¿Cómo, malo, general? ¡Excelente! Eso prueba que está dormido y que debemos atacar.

MENTIROLA: Todo lo contrario... eso prueba que debemos huir... ¡No es nada el síntoma!... ¿Con que inmóvil, eh?

SOLDADO: Como un cadáver, general.

MENTIROLA: [Dándose un golpe en la cabeza.] ¡Estrella fatal!... ¡Estamos perdidos!... A ver, hombre de Dios, a ver, tóquele usted un poco más recio.

SOLDADO: [Le toca.] Como un tronco... Yo sería capaz de apostar a que este Gigante que tanto miedo nos mete es de palo.

[Los soldados del Gigante se mueren de risa. Uno de ellos dice.]

SOLDADO del GIGANTE: ¡Ya veo que nuestro comandante conocía bien a los mochuelos con quienes las habemos!

MENTIROLA: División Mentirola, vueltas caras, y en retirada precipitada, ¡marchen! [Retíranse con precipitación a cierta distancia.] Soldados: yo debo ser leal a vuestro noble coraje, yo debo hablaros la verdad: la situación es grave, y yo no puedo decidirme a ejecutar una operación decisiva, sin oír antes el voto del ejército, en un consejo de jefes y oficiales.

TROPA: Sí, sí, que se forme un consejo.

MENTIROLA: ¡Que se forme!... ¿Pero con qué oficiales y jefes le formaremos?... ¡Aquí no hay más jefe ni oficial que yo...! ¡A no ser que yo solo me declare en consejo!

TROPA: ¡Y por qué no! Forme Vuestra Excelencia un consejo de Vuestra Excelencia mismo y decida a mayoría de votos.

MENTIROLA: No habrá otro remedio. Pues señor. Con tono solemne.] está formado el consejo y puede empezar la discusión. Queda pensativo, y después de un rato, dice.] Pero estoy tan acostumbrado a discutir en consejo con mis compañeros Mosquito y Guitarra, que yo por mí solo no puedo discurrir nada... No se me ocurre una sola idea y no sé qué consejo darme a mí mismo... Pero se me viene al pensamiento un medio de salir del aprieto... Voy a figurarme que están aquí mis compañeros Guitarra y Mosquito. Que el uno

está parado ahí, el otro allá y yo aquí. Voy a representar a cada uno de ellos en el consejo: a hablar por cada uno de ellos como si estuviesen presentes; y así podremos tener opiniones diferentes y luminosas, porque seremos tres vocales en vez de uno. Principiaré a hablar por mí: Señores, soy de opinión que debemos retroceder precipitadamente por la razón de que el enemigo no hace nada y nos espera inmóvil: razón clara y palpable por sí misma, que no necesita dilucidarse, porque, señores, la cosa es bien terminante: ¿qué quiere decir esta inmovilidad del enemigo? Quiere decir que está fuerte como un diablo y que nosotros estamos perdidos. ¡Y yo pregunto ahora si el que está perdido tiene otra cosa que hacer, que tomar las de Villa Diego , antes que lo amarren y lo cuelguen! Tal es mi opinión, señores del consejo. Puede, ahora, emitir la suya el teniente Guitarra, que sigue a mi derecha. Paso a hablar por el teniente Guitarra. [Toma su lugar y habla así.] Señores, ilustrando este punto, de una importancia decisiva para la vida de la patria, diré que cuando el señor General en Jefe, dice que debemos retroceder precipitadamente, es porque el señor General debe haber pensado bien lo que dice -cada uno sabe bien dónde le aprieta el zapato-; el maestro sabe lo que hace, y donde hable el sabio, calle el borrico y en resumidas cuentas, cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo. Al General se le ha dado el ejército y es suyo: dejemos que haga lo que quiera: dejémonos de discusiones anárquicas y hagamos lo que él manda; ésta es la opinión del ejército, y a fe que es la opinión acertada: porque, al fin, el general es general y no es el tambor el que ha de responder de la suerte del ejército. Tal es mi parecer. Puede ahora dar el suyo el capitán Mosquito, que sigue a mi derecha. Hablemos ahora por el capitán Mosquito. [Toma el lugar y el tono de éste.] Señores: no callaré mi opinión en una cuestión en que se trata de la vida del país. Creo que las opiniones de los que me han precedido en la palabra, son mortales a la causa de la libertad: yo creo, pues, que lejos de retroceder con celeridad, debemos atropellar como el relámpago, por la sencilla razón de que el enemigo nos espera sin acción ni movimiento, en lo cual se descubre su debilidad. [Ahora en su nombre y por sí, desde su lugar.] Señor capitán Mosquito, ¿quiere usted que le diga la razón por qué usted se produce así? ¿Lo sabe usted? Usted habla así porque nos ha visto opinar de un modo diferente al teniente Guitarra y a mí, y usted no nos quiere ni a uno ni a otro. Por lo demás, usted es un miedoso como uno de tantos, y la vez pasada fue el primero a mandarse

mudar, dejando colgados a sus compañeros de armas. [Por Mosquito.] Se equivoca usted. [Por él.] No me equivoco yo. Es usted quien se engaña en creer que nos hemos de hacer matar, como locos, por salvar a gentes que sabe Dios si lo sabrían agradecer. [Por Mosquito.] Ese es un terror estúpido. [Por él.] Estúpido es el muy canalla de Mosquito. [Por Mosquito.] Canalla es el muy cobarde de Mentirola. [Por él.] ¡Vaya usted a un cuerno! [Por Mosquito.] ¡Vaya usted a dos! [Por él, alzando el tono.] ¡Vaya usted a tres! [Por Mosquito.] ¡Vaya usted a cuatro! [Por él.] ¡Vaya usted a cien! [Mudando de tono.] Y, sobre todo, ¿a qué cansarme en dar gritos? La votación está ganada, somos dos contra uno, y debemos votar a la opinión que aconseja la retirada. ¿No es así, teniente Guitarra? [Por éste.] Sí señor. Pues señores: está concluido el consejo. [A los soldados.] Camaradas: el consejo ha pronunciado su fallo: él es respetable y sabio, y soy de opinión que le sigamos sin examen, y con la prontitud que demanda el caso. Su opinión es que debemos retirarnos. Así pues: ¡AL HOMBRO, ARMAS, CONTRAMARCHA A LA DERECHA, PASO REDOBLADO, MARCHEN!

[Retíranse precipitadamente a son de caja y corneta. La fila del Gigante se deshace en carcajadas de risa.]

OFICIAL: Soldados: ¡Viva la Patria!

TODOS: ¡Viva!

OFICIAL: Hemos triunfado espléndidamente. ¡Viva la libertad!

TODOS: ¡Viva!

TAMBOR: ¡Qué, no tener mis palillos, voto a Dios! Para tocar diana hasta morirme...

OFICIAL: Los cobardes enemigos han sucumbido ignominiosamente al poder de nuestras bayonetas, y al valor y talentos del Gigante. Sin nuestro coraje nada habríamos conseguido en esta jornada inmortal. Sin la perseverancia y sublime talento del Gigante hubiéramos sido aniquilados para siempre. Os habéis mostrado dignos de nuestros heroicos padres. Merecéis las libertades que acabáis de rescatar con vuestros brazos, en el campo de batalla. ¡Y la Patria debe altares, y la posteridad aplausos eternos al grande hombre, que nos ha conducido a la adquisición de tan inmarcesibles y gloriosos laureles! El enemigo ha sido osado y tenaz en la pelea; pero vosotros habéis excedido en pertinacia a las rocas del mar; y a vuestra indisputable superioridad es debida la victoria, y más que todo al delicado tino,

sublime tacto, a la profunda ciencia y prodigioso valor del Gigante Amapolas, sin los cuales atributos hubiéramos sido víctimas de la audacia y habilidad del enemigo. Soldados: ¡viva el Gigante Amapolas!

TODOS: ¡Viva!

OFICIAL: ¡Mueran los detractores de su genio inmortal!

TODOS: ¡Mueran!

[Oyese a lo lejos músicas y vivas al Gigante Amapolas, que nos ha libertado de la esclavitud.]

OFICIAL: Van seis veces, con ésta, que el enemigo ha tenido la temeridad de acometeros, y otras tantas ha palpado, a costa de su sangre y de su vergüenza, su completa incapacidad de competir con vuestro sublime denuedo. Con el mismo valor con que le habéis desbaratado en este día, le habéis enseñado siempre a respetar a los bravos que pelean por sus santas libertades y sus sagrados derechos. No esperéis que vuelva jamás: lleva en su espalda la afrenta que siete veces han estampado vuestras bayonetas; y el monumento levantado por vuestro valor, será eterno como la gloria del Gigante, fuerte como su voluntad y grande como su alma. ¡Dejad las armas, que habéis empleado en este día con tanto coraje, y entregaos alegres y ufanos, al goce de vuestras libertades, que habéis salvado para siempre de las insidias de un pérfido enemigo!

[Dejan las armas, se dispersan. Entra corriendo María, la mujer del tambor.]

MARIA: ¡Francisquillo de mi alma! ¡Toma, toma tus palillos; tienes razón de ser tambor!

TAMBOR: Trae, trae aquí mis palillos, ¡calavera!

MARIA: ¡No hay gloria en el mundo como la del tambor!

TAMBOR: [Envanecido.] ¡Ven, ven acá, pichoncita; dame un abrazo!

MARIA: Sí, lucero mío, no digo un abrazo...

TAMBOR: No, basta por ahora.

[Toca diana. Movimiento general. Luego calla.]

MARIA: Pero, ¿cómo han conseguido ustedes un triunfo tan completo? ¡Ustedes tan poquillos, y ellos tan muchos, tan muchos!

TAMBOR: ¡Hola! ¿Con que crees en el triunfo, por lo visto?

MARIA: Pues no lo he de creer, cuando los acabo de ver que corren tragándose los aires, como si ustedes se los quisieran devorar.

TAMBOR: Pues señor: todo eso se debe a nuestro valor.

MARIA: Todo, ¿eh?

TAMBOR: Todo.

MARIA: ¿Y tú también has peleado mucho?

TAMBOR: ¡Bah! ¿Y qué menos?

MARIA: ¿Y los demás?

TAMBOR: Como unos leones.

MARIA: ¿Y el Gigante Amapolas?

TAMBOR: Más que todos. ¿Quién sino él es el que lo ha hecho todo? ¡Oh! ¡El Gigante!

MARIA: ¿Y por qué no hay muertos en el campo?

TAMBOR: Porque el mismo miedo los ha hecho revivir y salir disparando.

MARIA: Dices bien. Esos serían los que iban corriendo por detrás, con las cabezas debajo del brazo, ¿no?

TAMBOR: Esos. Dime, chica: tú que vienes de esa dirección, ¿sabes de qué procede esa gritería, cuyo ruido se oye hasta aquí?

MARIA: Es la ciudad, que está loca de alegría, con la noticia del triunfo del Gigante Amapolas. ¿Te parece poco, Francisquillo, lo que lleva hecho el Gigante hasta aquí? ¡Derrotar siete ejércitos, él solo! ¡Pelear doce años seguidos y salir siempre vencedor! ¡Tener diez enemigos y triunfar de todos! ¡Dar veinte batallas, tan reñidas como la de hoy, y salir victorioso en todas ellas! Todo esto ¿qué quiere decir Francisquillo? Quiere decir que el Gigante Amapolas es un prodigio de talento y valor; y que donde quiera que aparecen sus enemigos, los destroza y disipa a fuerza de habilidad y coraje, como ha sucedido esta vez; ¿no es así, Francisquillo? ¿No quiere decir esto?

TAMBOR: Digo. Las cosas están a la vista, no son materia de cuestión.

MARIA: Qué extraño es, pues, que el pueblo le tribute todas esas demostraciones de asombro. Mira, cuando yo venía, los Diputados del cuerpo legislativo, corrían a reunirse para decretar coronas y monumentos en honor del Gigante Amapolas. Las mujeres se ocupaban de tejer guirnaldas de flores; los poetas hacían versos; los músicos canciones en

elogio del triunfo debido al genio del Gigante Amapolas. Los agentes diplomáticos de los países extranjeros eran los primeros que venían, con la boca abierta de admiración por el talento sublime con que el Gigante había sabido vencer a sus enemigos; y se disponía a recibirlo con la rodilla en tierra, o de hinojos, como dicen los añejos románticos. Por todas partes no se oye más que: "El Gigante Amapolas es un semi-Dios. El Gigante Amapolas es el genio de la política y de la guerra. El Gigante Amapolas es el valor, el atrevimiento mismo". Hay extranjero que daría sus ojos por conocer al Gigante Amapolas, tanto es el respeto y la admiración que le tienen. Ya se ve: los extranjeros como hombres ilustrados e imparciales, son los mejores apreciadores de la capacidad de nuestros grandes hombres. Por eso hay francés que se reputaría dichoso si poseyese un botón de la casaca del Gigante Rosas.

TAMBOR: Amapolas, di.

MARIA: No, hijo, lo hice por variar; tanto Amapolas, Amapolas...

TAMBOR: Bien, si es por variar, di más bien del Gigante Floripondios; pero del Gigante Rosas, no hay que hablar una palabra... sigue ahora.

MARIA: Bien, seguiré... ¿por dónde iba?

TAMBOR: Por eso hay francés...

MARIA: Ah, ya sé... Por eso hay francés que se reputaría dichoso si poseyese un botón de la casaca del Gigante Rosas.

TAMBOR: Vuelta Rosas...

MARIA: ¡Ah! Tulipanes...

TAMBOR: Amapolas, mujer...

MARIA: Es verdad, Amapolas.

TAMBOR: Vaya, vuelve.

MARIA: Por eso hay francés que se reputaría dichoso si poseyese un botón de la casaca del Gigante Amapolas; y los ingleses darían la Irlanda a trueque de que el Gigante perteneciese al Parlamento de Inglaterra. ¿No ves, no ves el gentío que cubre estas cercanías? Todo el mundo acude a tomar una idea del campo donde ha sido la batalla y a conocer la figura del Gigante Amapolas.

TAMBOR: Y tú debes saber que esta jornada ha sido la menos célebre. Por fin, esta vez los enemigos han tenido el coraje de cruzar sus armas con las nuestras: esta vez se puede decir que hemos peleado. ¿Pero, en las otras batallas? En las otras batallas los hemos vencido estando nosotros aquí, y ellos a cinco leguas de distancia: los hemos derrotado sin verlos a la cara siquiera.

MARIA: ¿Cómo así, Francisquito?

TAMBOR: Lo que tú oyes: sin verlos a la cara y sin vernos ellos a nosotros; a distancia de seis leguas unos de otros. ¡Hemos peleado por dos días, los hemos puesto al fin en la más vergonzosa fuga!

MARIA: ¡Qué prodigio, gran Dios! ¿Y tú también has peleado en esas batallas, lo mismo que en ésta?

TAMBOR: ¡Lo mismo, pues!

MARIA: De modo ¿que tú también eres de los invencibles, y vas a ser coronado con flores, y premiado con terrenos y ganados, y festejado?

TAMBOR: Digo, si he trabajado como uno de tantos...

MARIA: Cómo te quiero Francisquillo. Ahora sería capaz de dar mi vida por ti. ¡Me gusta tanto un grande hombre tambor!

[Disparada de gente a lo lejos.]

TAMBOR: Vete, vete María...

MARIA: ¿Para qué, Francisquillo, por qué?

TAMBOR: ¡Vete, te digo!

MARIA: ¿Qué hay, por Dios, qué hay?

TAMBOR: El enemigo se ha rehecho y está sobre nosotros; voy a tocar a generosa: ¡huye!

MARIA: ¿Pero, no me decías ahora mismo que había sido acuchillado y deshecho para siempre?

TAMBOR: Sí, pero también los gatos tienen siete vidas, si no es más que eso; y los enemigos son peores que los gatos, peores que las hormigas... Se les derrota, se les acuchilla, y siempre están vivos... Vienen, se les asusta, corren; vuelven a venir y vuelven a correr: así va la guerra, y así ha de ir siempre. Ni ellos son capaces de concluirnos, ni

nosotros a ellos... hasta que... pero, quién diablos sabe... hasta que nosotros dejemos de ser asnos y ellos gallinas...

MARIA: ¿Luego, no hay riesgo de que mueras esta vez, ni nunca?

TAMBOR: Por descontado: ¡huye!

MARIA: ¿Y para qué me echas, si no hay riesgo?

TAMBOR: Bien, quédate.

MARIA: ¿Las mujeres no pueden concurrir a las batallas?

TAMBOR: ¿A estas batallas, a las batallas del Gigante? Sí; pueden asistir, no digo las mujeres, los niños también y los enfermos, los cojos y mancos... Para lo que se hace en ellas... Todo el trabajo consiste en estar quietos... Aquí todo lo hace el enemigo... Mira, ahora le ves venir en triunfo; pues dentro de un rato, lo verás en retirada... El mismo se proclama vencedor y derrotado...

[Cajas, cornetas: el enemigo avanza, compuesto de las tres divisiones conocidas.]

MARIA: ¡Ahí están; ahí están! [Llorosa y asustada.] Huyamos, Francisquillo: tú te engañas, tú vas a morir; ¿qué haremos los dos solos? ¿Qué podremos hacer? [Le toma del brazo.] ¡Ven acá, huyamos; ven conmigo!

[Continúan asomando las bayonetas enemigas; pero no pasan adelante. Suena toque de ataque.]

TAMBOR: ¡No, no, ven acá cobarde! Entre los dos vamos a dar la batalla y la vamos a ganar.

MARIA: ¡Tú estás loco!

TAMBOR: No, no estoy: quédate. Vamos a componer el ejército entre los dos. El Gigante es el general en jefe. Yo soy la vanguardia; tú eres el cuerpo de reserva. Yo me coloco detrás del Gigante, y toco a la carga, a la carga, sin cesar. Tú tomas un fusil y te pones a dar vueltas y revueltas en derredor del tronco de ese árbol, para hacer creer al enemigo que nuestro ejército va desfilando, hombre por hombre.

MARIA: O mujer por mujer.

TAMBOR: Sí, sí. En nuestro ejército no se distingue sexo.

MARIA: Pues bien, a la obra.

[Colócanse según el orden indicado. El enemigo avanza y se forma en línea de batalla. Los tres jefes enemigos se reúnen aparte. Sacan sus anteojos, y echan su visual al campo adversario.]

SOLDADO: ¡Los hemos sorprendido completamente! El Gigante está solo. Yo soy de sobra para concluir con el enemigo. Destruído el Gigante Amapolas, no hay enemigo que se tenga.

MOSQUITO: Calle el mentecato, que no sabe lo que dice. Usted habla así porque no ve nada: a la simple vista ¿qué ha de ver?

SOLDADO: ¡Pues no he de ver, señor, si estamos a un paso! No hay más que un tambor y un soldado, que parece mujer, que da vueltas al derredor de un árbol.

MOSQUITO: ¿Querrá usted ver mejor que nosotros que tenemos anteojos?

SOLDADO: Bien, capitán, será lo que usted dice: pero yo veo lo que yo digo.

MOSQUITO: ¡No ve usted eso!

SOLDADO: Lo veo, capitán.

MOSQUITO: No ve nada, el insolente; y si no calla la boca y deja de propagar especies alarmantes, lo he de...

GUITARRA: ¿Qué ve usted, capitán Mosquito?

MOSQUITO: [Echando el anteojo.] Yo veo sesenta piezas de artillería, a la derecha.

GUITARRA: ¿Qué calibres?

MOSQUITO: Veinte de a ocho, y cuarenta de a treinta y seis. ¿Y usted qué ve?

GUITARRA: Yo veo treinta escuadrones de caballería. Y usted mayor Mentirola, ¿qué distingue?

MENTIROLA: Yo distingo como ocho mil infantes situados hacia la izquierda del campo enemigo.

MOSQUITO: Y esa caja que suena, ¿a qué fuerza pertenece?

MENTIROLA: A una fuerte guerrilla, que está desfilando hace dos horas por delante de un árbol inmediato al Gigante.

MOSQUITO: Malo. Ya veo que el Gigante es un coloso en fuerzas y que es un disparate aventurar un encuentro con medios tan desiguales.

GUITARRA: Yo creo lo mismo. Yo creo que vamos a ser despedazados al primer encuentro.

MENTIROLA: Para pelear así vale más no pelear. ¿Qué necesidad hay de aventurar la suerte de la empresa que se ha confiado a nuestra prudencia? ¿Hay que diferir el combate para mejor oportunidad? ¿Quién nos corre? ¿Quién nos obliga a pelear? ¿No tenemos franca la retirada, gracias a Dios, y somos muy dueños de retirarnos cuantas veces nos dé la gana?

MOSQUITO: Ya se ve que sí.

MENTIROLA: ¡Pues entonces!

GUITARRA: Entonces, lo que debemos hacer, es ponernos en retirada, pero ha de ser sobre la marcha, antes que el enemigo destaque fuerzas que nos corten la vuelta, y tengamos que perecer en un combate obligatorio.

MENTIROLA: ¡A ello!...

MOSQUITO: ¡A ello!...

[Mientras ha tenido lugar este diálogo, la tropa ha acordado y decidido un motín, por el que ha sido puesto a la cabeza del ejército un sargento.]

MOSQUITO: ¡División!

MENTIROLA: ¡División!

GUITARRA: ¿Qué hay, señores, qué hay?

MOSQUITO: ¡Contramarcha a la derecha!

SARGENTO: No hay contramarcha a ninguna parte. Nosotros queremos batirnos y no contramarchar. Para pelear, les reconocemos por jefes; para disparar, no: no queremos obedecer a ningún mandato medroso. Bastantes veces, hemos huido inútilmente. Por nuestras disparadas locas y cobardes, se han arruinado fortunas cuantiosas, se han perdido años preciosos, oportunidades que tal vez no vuelvan, vidas que tenían porvenir, poblaciones enteras de hombres. Estamos espantándonos de fantasmas: no hay tales sesenta piezas, ni ocho mil infantes, ni treinta escuadrones. Esas fuerzas sólo existen en la imaginación miedosa de ustedes: lo que hay al frente es un héroe de papel, mujeres en vez de soldados, perros rabiosos en vez de leones, y hombres atados de pies y manos. No somos vencedores, porque no queremos serlo. Ataquemos con coraje el campo enemigo, y

será nuestro en menos tiempo que lo que tarda en bajar el rayo. Así, señores jefes: si ustedes quieren guiarnos al combate, estamos prontos; si quieren retirada, ustedes han caducado, ya no son nuestros jefes; pueden retirarse solos. Aquí no hay más jefe que yo, simple sargento, hecho general por la voluntad del ejército, que me ha honrado con la comisión de intimar a ustedes la decisión que acaban de oír. Pueden ustedes decir lo que determinan. Todavía tienen el tiempo de un minuto para volver por su reputación.

MOSQUITO: En presencia de un motín de soldados, nada tenemos que hacer nosotros, jefes. Hemos cumplido nuestra misión y nos retiramos.

[Envainan sus espadas y se retiran silenciosos.]

SARGENTO: Muy en hora buena. Pásenlo ustedes lo mejor que puedan, entre los patriotas a quienes han sacrificado, o entre los extranjeros a quienes han dado que reír. ¡Soldados! Nuestro camino es sencillo y corto: a seis pasos de nosotros está la tumba honrosa del valiente o la vida sin igual del vencedor. Calar bayonetas, abrir bien los ojos, seguir mi penacho blanco y en menos de pocos segundos habrá desaparecido del suelo de la patria ese miserable fantasmón que ha triunfado hasta aquí por la incapacidad de nuestros jefes. ¡Soldados, paso de vencedores!

[Cargan rapidísimamente. El sargento abraza por la mitad del cuerpo al Gigante; lo levanta, lo pone de cabeza, y dispersa por el aire sus pedazos. El tambor arroja la caja y se pone de rodillas; la mujer tira el fusil, llorando a gritos.]

SARGENTO: Aquí tienen ustedes lo que era el gran Gigante, ese coloso que nos ha traído en idas y venidas por espacio de tres años. [Al Tambor.] ¿Y el ejército de ustedes?

TAMBOR: Aquí está, señor.

SARGENTO: ¿Dónde?

TAMBOR: Aquí señor; somos nosotros, mi mujer y yo.

SARGENTO: ¿Usted sería el general?

TAMBOR: No, señor: yo era la vanguardia.

SARGENTO: ¿Y su mujer?

TAMBOR: La reserva.

SARGENTO: Buen pajarraco se reservaba usted.

TODOS: ¡Viva el Libertador de la República, el glorioso sargento Peñálvez!

SARGENTO: No, señores yo no soy grande ni glorioso, porque ninguna gloria hay en ser vencedor de gigantes de paja. Yo he tenido el buen sentido del pueblo, y el valor insignificante de ejecutar una operación que se dejaba comprender de todo el mundo. Si los generales y hombres de estado que nos han dirigido hasta aquí, hubiesen comprendido lo que comprendía la generalidad más común, hace mucho tiempo que habríamos llegado al término de nuestras fatigas. ¡Compañeros! La patria ha sido libertada, sin que hayan intervenido libertadores. Saludad las revoluciones anónimas: ¡ellas son los verdaderos triunfos de la libertad!

Telón